



CAMILO TORRES Y TENORIO,

FRANCISCO JOSE DE CALDAS

Y

GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

JOSE FELIX DE RESTREPO

Diez años hace, por estos mismos días, cuando Colombia conmemoraba el Sesquicentenario del 20 de Julio de 1810, tuve la satisfacción y el honor de iniciar la creación de esta Casa-Museo, por encargo, para mí afortunado, que recibí de manos de un prócer de la República, cifra de la estirpe colombiana, el señor doctor Eduardo Santos, a la sazón Presidente de la Academia de Historia. La generosidad de ilustres familias me han entregado desinteresadamente o me han facilitado la adquisición de reliquias de sus antepasados, veneradas hoy en las entonces desiertas estancias trocadas con los años en Santuario de la Patria, en libro abierto y objetivo de su historia republicana, que arranca de los Comuneros

inolvidables y culmina con la orden insólita de Córdoba al pie del Condorcunca y que marca la divisa ascensional de la Patria.

Un respetable mandatario, el doctor Lleras Camargo, inauguró la casa el 20 de julio de 1960; al cumplirse dos lustros corresponde a otro preclaro ciudadano, cuya vida y cuyos actos de gobierno inscritos quedan en las mejores páginas de la historia nacional, cerrar la empresa museográfica que me propuse desde aquel lejano ayer, al dedicar esta nueva Sala a Torres, a Caldas y Restrepo, con la presencia de selectísimo concurso y la representación personal del Presidente Lleras que ostenta el señor General Ayerbe Chaux, sobrino bisnieto del Coronel-Ge-

neral de Ingenieros y Brigadier de la Unión Francisco José de Caldas. Nombres preclaros que permanecerán vinculados para la posteridad a este santuario de la patria, que la Providencia me ha permitido levantar para atesorar inapreciables recuerdos de los fundadores de la nacionalidad. Sus nobles estancias son recorridas diariamente con respetuosa admiración, por numerosos visitantes nacionales y extranjeros que dejan en el libro de autógrafos honrosos testimonios de admiración hacia Colombia.

Mas, no podía coronar mi empresa ni quedaría completa mi obra, sin dejar en ella una sala consagrada a glorificar al primer jurisconsulto de su tiempo, al catedrático rosarista Camilo Torres, "cerebro el mejor organizado de la Nueva Granada", a su primo segundo Francisco José de Caldas, símbolo de la sabiduría universal, a quienes acompañase la efigie del respetable profesor que les abrió el camino de la gloria, el que rompió las tinieblas que ocultaban la ciencia verdadera en el Colegio-Seminario de Popayán, el doctor José Félix de Restrepo, futuro libertador de los esclavos, que numera entre tantos otros, los dos preclaros discípulos payaneses, gloria inmarcesible de la Patria, que en ellos resume el ideal de la grandeza moral y cultural de su pueblo.

Nada agregan a la reputación de Camilo Torres los múltiples e ilustres títulos académicos que aquí se exhiben. Maestro desde la clase de discípulo, en su juventud había ya encanecido

en el estudio; puro y austero como el cielo de su afortunada tierra natal, su vida tuvo por misión perpetua la perfección espiritual cristiana. Y fue así. A la sabiduría incomparable del jurisconsulto, agregó luminosa erudición humanística. Firme y constante, su tenacidad incontrastable pudo en política concebir errores de entendimiento, anota uno de sus contemporáneos, pero jamás de corazón. Fue el cerebro de la revolución, el hombre guía. Tímido a veces, ajeno a las pasiones que desconocía, poco hombre de mundo, la política no fue de su dominio pues más vastos e inmensurables fueron sus propios horizontes los de la sabiduría jurídica para debatirse en los congresos, para enseñar magistralmente a sus discípulos rosaristas, para concebir las inmortales páginas que arrancan de aquel "Memorial de Agravios", depósito del porvenir de América, cuyo texto oficial podéis admirar péndulo de los muros de esta nueva sala, y que constituye con su dignidad literaria, el más valiente, patriótico y elocuente documento revolucionario de su tiempo producido en América. Mas nada supera la genialidad de su mente como la luminosa adivinación del genio militar en la extenuada estampa de un derrotado jefe venezolano, a quien desde el primer momento contempló envuelto en los resplandores de la inmortalidad.

La respetabilidad y la nobleza de Torres, abrumó al caraqueño, quien no pudo olvidarlo jamás. Escuchad las

voces de gratitud del vencido de 1812 y 1814, en memorable documento dado a conocer por el más autorizado biógrafo de Torres, el distinguido historiador y literato Manuel José Foreiro: "Excelentísimo señor, escribe Bolívar a Torres: "Penetrado de la más respetuosa gratitud, tributo a vuestra excelencia las debidas gracias por el inmerecido honor que se ha dignado de hacerme, condecorándome con el grado y empleo de **Brigadier de los Ejércitos de los Estados Unidos**, y concediéndome además el glorioso título de Ciudadano de la Nueva Granada, que es para mí más apreciado que todas las dignidades a que la fortuna puede elevarme. La honra de llamarme conciudadano de vuestra excelencia es la más alta recompensa que es permitido desear..."

De tal manera se inició una nobilísima y recíproca admiración creciente, a tal punto que años después del sacrificio en el cadalso del gran jurista payanés, Bolívar proclamado entonces Libertador y Padre de la Patria, al tener noticias de las penurias económicas de doña Francisca Prieto y Ricaurte la esposa memorable del que intuyó su genio, lo llamó el "más respetable ciudadano de la antigua república de Nueva Granada", Cómo olvidar además la proclama de don Camilo a los venezolanos, fechada en Tunja el 20 de mayo de 1813, en la cual expresó los sentimientos que desde entonces nos distinguen hacia la patria de Miranda, de Bolívar y de Bello?

"Venezolanos: Las Provincias Unidas de la Nueva Granada han tomado la parte que les correspondía en vuestras desgracias. Ellas se han condo-lido profundamente de la suerte trágica de su hermana y vecina, la primogénita de la libertad americana, que abrió esta carrera gloriosa a los demás pueblos del Continente y que hizo en tan breve tiempo progresos tan pasmosos en sus instituciones políticas..."

"Venezolanos: Unid vuestros esfuerzos a los que hacen vuestros libertadores para redimiros de la infame cautividad.

"Reuníos bajo las banderas de la Nueva Granada que tremolan ya en vuestros campos, y que deben llenar de terror a los enemigos del nombre americano..."

Y fue entonces la Campaña admirable. Desde los valles fecundos de Cúcuta la hueste granadina genialmente conducida por Bolívar invadió a Venezuela y la gloria flameó en las alturas del Bárbula y abrumó con la fulguración de San Mateo.

Mas sucedieron en 1814 la derrota y el éxodo, sin que la fe del gran Torres en Bolívar flaquease. Oído en su carta al derrotado de 1814: "Por mí, confieso que jamás dudé un momento que V. E. era el Libertador que la Providencia destinaba a Venezuela, y que no podía ponerse un Jefe más digno a la cabeza de esta empresa; que mis esperanzas no han sido burladas, y que nunca he tenido que arrepentirme de este concepto.

Declaro a la faz de la Nueva Granada que en medio de los triunfos y la gloria que rodeaban a V. E. en la reconquista de su Patria, nada admiré más que la consideración y respeto con que trató siempre al Congreso de la Nueva Granada; pues aun revestido de todo el poder de Venezuela, no hubo un paso de que V. E. no le enterase, en que no diese cuenta de sus medidas y de sus operaciones...

"Que perdida nuevamente Venezuela, el que contesta creyó que ella existía en el General Bolívar, sentimiento que no perderá mientras él viva; sin que le hubiese pasado por la imaginación hacerle un cargo de un accidente de la guerra; que ninguno habría evitado mejor que él, si hubiese sido posible; pues ninguno ha manifestado más consagración, ni ha sido capaz de hacer más heroicos sacrificios por ella..."

No en vano Bolívar, el Libertador, rivalizando en generosidad y patriotismo, recuerda emocionado cuánto la patria de Torres y de Caldas había hecho por él en las horas del más tremendo infortunio:

"Excelentísimo señor, escribe al Presidente Torres: Después de haber servido al gobierno de la Nueva Granada en el año pasado de 1813, de un modo tan satisfactorio, que además de decretárseme el título de hijo benemérito de la patria, me condecoró con los empleos de brigadier y mariscal de campo, imprimió uno de mis partes en letras de oro y respondió al excelentísimo señor presidente del

congreso en uno de los oficios a la comisión sobre Venezuela: que mis servicios no podían ser recompensados con nada, sino con el título de Libertador de mi patria, el cual me fue retribuido por ella."

La suma de su estimación la proclama el primer párrafo de la misiva bolivariana firmada en el Cuartel General de Puerto Cabello, el 2 de febrero de 1814:

"Ciudadano Camilo Torres:"

"Respetado amigo y señor."

"Las varias cartas que he recibido de usted llenas de sabiduría y consejos de que necesito para dirigirme en mi destino, son por este motivo objeto de mi veneración, y me honra sobre todo en ellas la generosa amistad que usted se digna dispensarme."

¡Camilo Torres! Memoria para ser glorificada por Guillermo Valencia, príncipe de la poesía y de la elocuencia en Colombia, como fue elogiado, hace dos lustros también, por su hijo afortunado que, con noble dignidad y sencillez republicana ocupó el solio de Torres, Bolívar y Santander. Valencia el mayor, lo sintetizó, genial: "Torres! El espíritu de nuestra emancipación, el verbo que escuchó un mundo absorto; el anuncio del Libertador; el faro parpadeante entre tormentas; el purpurado testigo del derecho del hombre".

¿Qué decir del humilde, del modesto, del tímido oteador de los astros, observador infatigable de la gea, la flora y la fauna ecuatoriales; de aquel

que mereció los más altos elogios del Barón de Humboldt, que pueden leerse en el diario del prusiano; del que fue discípulo mimado del sabio Mutis y que dejó girones de su emotivo corazón, de su amor por la sabiduría en las páginas maravillosas de sus cartas a Mutis, a sus amados Santiago Arroyo y Antonio Arboleda, a su respetadísimo y venerado pariente don Camilo, a su esposa Manuela Barona...? ¿Cómo ponderar la exquisita inspiración de su pluma para describir el paisaje geográfico de su patria amada y que acicateado por la indiferencia ambiente casi increpa en las páginas memorables de su **Semanario** para despertar del letargo este pueblo nuestro rodeado de tesoros que miraba sin ver?

"Este amor a la sabiduría, esta sed insaciable de saber, le escribe a Mutis, ha llegado en mí a tal punto, que ya se equivoca con el furor y con la desesperación; jamás había sabido mi corazón qué era el deseo del oro y de la plata, hasta que he sentido su necesidad para ser sabio. ¿Qué destino más noble se le podrá dar a esos cofres plenos de nuestros paisanos'?

Su realidad económica, aquella que habría de acompañarlo hasta el último aliento de su vida, y lo veréis probado en el texto de su dramático testamento, la confiesa, así: "Yo no tengo otras riquezas que un corazón sensible y agradecido, y esto que poseo esto pongo en las manos de mi benefactor... El cielo austral está sobre mi horizonte y puedo perfeccionar y

fijar muchas estrellas. Si hallo una nueva que no pertenezca a alguna constelación le pondré el **corazón de Mutis**. ¿No tenemos el corazón de Carlos? Pues por qué no ha de haber en el cielo el corazón del sabio y del virtuoso Mutis?"

Esta fue la manera de su vida; esta la entrega apasionada de su corazón a cuanto él supo amar. Cuando la hora de la patria llegó, se dio a servirla con todas la fuerzas de su genial inteligencia y de su emotividad espiritual. El mismo 20 de julio fue actor principal. La escena inmortal la relata con fidelidad de testigo en las páginas del órgano oficial de la Junta Suprema el "**Diario Político de Santa Fe de Bogotá**", que dirigió con un par suyo por la sapiencia jurídica y su amor a la naturaleza granadina y a la libertad, el doctor Joaquín Camacho. Aquellas páginas guardan las primeras y permanentes lecciones de las virtudes que deben distinguir al verdadero ciudadano, personificadas en ellos mismos. Después, al dirigir la Escuela de Cadetes Ingenieros de Rionegro, trazaría las normas que parecen haber sido vuestro libro de horas señor Ministro de Defensa, donde se aprenden las cualidades del caballero-soldado. El compendio maravilloso donde vuestro pariente inmortal resume las virtudes militares en el honor "que, según Caldas, debe ser el ídolo querido del hombre de guerra; el que haciéndonos olvidar de nosotros mismos, entrega con una generosidad incomprensible la sangre y

la vida a la Patria, a esta patria querida para quien habéis nacido." "En una palabra, el honor nos hace virtuosos y nos eleva sobre el resto de los demás hombres, nos inmortaliza y nos hace vivir en la posteridad." Discurre luego magistral sobre la gloria militar que "es la recompensa de la virtud"; exalta la obediencia "que es el origen del orden y del acierto en guarnición y en campaña"; la paciencia militar, el celo, la verdad, la discreción, la modestia, la amabilidad, el amor al orden, el respeto a las leyes, la firmeza, la humanidad, la dulzura, la bondad, el desinterés... En una palabra cuanto él mismo fue y cuanto para honor de Colombia, caracterizan las fuerzas armadas y de policía que velan sus armas al pie de la Constitución nacional.

Dilatada fue la lección múltiple de Caldas, como genial e igualmente permanente la del "más respetable ciudadano de la antigua república de Nueva Granada". Esto y mucho más podría decirnos, señor Ministro, señoras y señores. Esto y mucho más justifica el que haya consagrado esta nueva sala, para reunir en ella preciadas reliquias patrimonio de la Patria. Mas nada pudiera haber realizado sin el patriótico desinterés, sin el fervor y devoción por las glorias de Colombia y de su estirpe que caracterizan a personajes de la talla del doctor Eduardo Santos, a la preclara familia Cárdenas Ortiz, cuyo patriótico desinterés lo proclaman valiosos documentos relacionados con la vida

del inmortal catedrático rosarista, del más calificado y virtuoso juriconsulto de su tiempo, del prócer vidente, gloria de su estirpe a doña María Teresa Arboleda de Cajiao; a los señores Caldas Guarín y Caldas Luna, por su desprendimiento ejemplar; a la merced gentilísima de los hermanos Caycedo-Cárdenas, don José María Arroyo Arboleda que me han permitido exhibir temporalmente, ojalá lo fuera para siempre, para mejor honrar a padre y madre, valiosos reliquias y documentos de familia que integraron los archivos del glorioso autor del "Memorial de Agravios" y del escrutador infatigable de la naturaleza.

Porque considero como propia esta casa quiero hacer llegar las expresiones de mi gratitud al Gobierno Nacional a través del Ministerio de Educación y por intermedio del Instituto Colombiano de Cultura, al que inesperadamente fue incorporada esta Casa fundada en 1960 en nombre de la Academia Colombiana de Historia, por la manera eficaz y desinteresada con que su Director el poeta Jorge Rojas, mi colega el erudito historiador Horacio Rodríguez Plata, Subdirector del Patrimonio histórico nacional y por otros calificados miembros de Colcultura, han estado dispuestos siempre a atender los requerimientos de esta Casa. Al acercarse la tarde de mi vida crece en mí, por conocimiento cada vez más profundo de nuestros próceres, la inmensa verdad de cuánto debemos a los fundadores de la na-

cionalidad y cómo urge mantener en las desorientadas generaciones del presente la lección viva y permanente del esfuerzo realizado por las generaciones que nos precedieron y entiendan que el mundo no comienza con ellas. De aquí mi entrega decidida a esta Casa.

Mencioné al principio el nombre preclaro del maestro de maestros Félix de Restrepo, ninguna compañía mejor podía brindar a dos de sus más fieles y agradecidos discípulos, a quienes señaló el rumbo de su vida y con la sabiduría de sus lecciones, los llevó camino de la inmortalidad. Caldas habla por los dos gloriosos payaneses:

"Mi primera educación fue adoce-  
nada: a los 16 años de edad ví unas  
figuras de geometría y unos globos  
y sentí vehemente inclinación hacia  
estas cosas. Por fortuna me tocó un  
catedrático ilustrado que detestaba  
esa jerga escolástica que ha corrom-  
pido los más bellos entendimientos:  
me apliqué bajo su dirección al estu-  
dio de la aritmética, geometría, tri-  
gonometría, álgebra y física experi-  
mental, porque nuestro curso de filo-  
sofía fue verdaderamente un curso de  
física y matemáticas". De aquí Torres,  
Caldas, Ulloa, Arroyos y Arboledas,  
se trocaron al pasar por el Colegio

Mayor del Rosario, el claustro glorio-  
so de Fray Cristóbal de Torres y de  
José Celestino Mutis, en lo que fue-  
ron, en lo que son Torres y Caldas los  
dos varones sabios, maestro de juristas  
el primero y sabio astrónomo, geógrafo  
y botánico el segundo. Los dos sacer-  
dotes de la verdad y la justicia. No  
en vano los condujo en la hora  
definitiva José Félix de Restrepo,  
cuya descendencia ostenta nombres co-  
mo los de Antonio Gómez Restrepo,  
letrado ejemplar, y Carlos Lleras  
Restrepo magistrado digno de mejo-  
res tiempos.

Señores Ministros, señoras y señores,  
herederos todos de las glorias de To-  
rres y de Caldas: Concluyo con una  
cita del libro sagrado, recientemente  
aprendida de labios sapientes y que  
es justo aplicar a los próceres desapa-  
recidos y a aquellos de su estirpe  
que han sabido dignificarlos como el  
excelentísimo señor doctor Carlos  
Lleras Restrepo, cuyo nombre de man-  
datario ejemplar ha penetrado ya por  
la puerta grande del templo de Clío.

"Los que fueron sabios brillarán  
con esplendor de cielo, y los que en-  
señaron la justicia a la muchedumbre  
resplandecerán para siempre, eterna-  
mente, como las estrellas.

Bogotá, 3 de agosto de 1970.